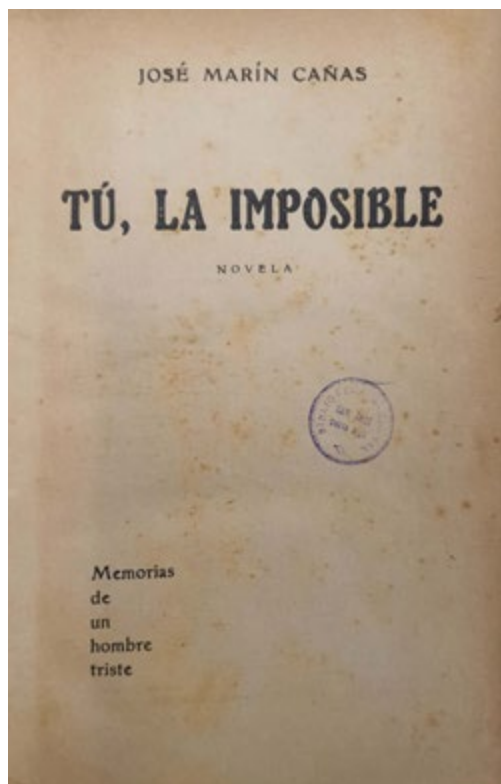


José Marín Cañas



En mil novecientos treinta y uno, en la capital española, José Marín Cañas hizo aparecer su segunda novela: Tú, la imposible.

Son las memorias de Juan Aracena, un hombre joven en cuyo espíritu hierve aún las aspiraciones de aquella raza que busca un lugar. Que no encuentra el rincón de asilo, como sabiamente dice Mahoma al hablar del poder que tiene el hombre para acelerar la muerte y llegar a la resurrección.

Es la suya sangre agarena. Lleva en el espíritu la honda convicción de que las esperanzas mundanas a las que los humanos entregan su corazón, fácil; seguramente se transforman en cenizas que el viento desvanece en sus constantes torbellinos.

Aracena es un tipo que se complace en adoptar aires elegantes de cosmopolitismo. Por eso, afirma que no quiere saber de clásicos y, mucho menos, de modernos.

No puede, no quiere, no sabe hacer citas de cualquier orden que estas sean; por lo tanto, no habla en tono mayor, transcendental.

En arte se siente cursi. Lo entusiasman, de por acá, los boleros de negras armonías. De más allá las indolencias perentorias de la melosa bohemia. Por lo tanto un sentimental incorregible, se enamora con rapidez asombrosa, de manera brutal, honda, trágica. Con igual presteza olvida. Cree que el amor no ha de dejar huella alguna en su conciencia tornadiza.

Nada de estética. Ni sombra de lo ético. Para él, la virtud es sencillamente, cobardía insigne de la ignorancia.

Lo rabiosamente sensual de Greta Garbo, su alucinante mudez le sugiere mil asombrosas tentaciones. Cree y en eso está bien acompañada, siempre- poseer el espíritu grotesco, destornillado y roto del invariable Chaplin.

Como descendiente de la raza de las perfectas filigranas, hay en él la irresistible tendencia al dulce no hacer nada. Amor al cálido refugio de las otomanas en cuyos brazos perezosos se sueña despierto. Se vive la realidad, si dormimos.

Escribe Aracena sus memorias bajo el recuerdo angustioso de una doncella de dieciocho años. ¡El que se ha vanagloriado siempre de no creer en el amor!

Su relato es triste. Por lo tanto, hay en él destellos inesperados de brillante humorismo.

¿Es un loco? Es un iluso, perdido en los afanes de un mundo de mercaderes. Ni lo uno, ni otro. Es sencillamente un hombre. Todo un hombre por su alegría de vivir en la contemplación de los encantos de una virgen. Por su sentimentalismo al aspirar en los pañuelos melancólicos, la perfumada presencia de un recuerdo grato, al admirar, como si fuesen los de una mujer adorable, los muslos morenos del paisaje. Es un hombre porque, de la vida ingrata, maestro inflexible, aprendió a no desear nada, a no buscar nada. Así se fue formando su sabiduría única: esperar, esperar siempre.

Cuenta Aracena sus amores, puros e impuros, con una chiquilla de curiosidades saturadas de inquietud. Chidy es la doncella que conoce las atrevidas morbosi- dades de Guido de Verona, de Pedro Mata, de Mauricio Dekobra. En todos los rincones de su vida, ávida de aventuras, busca personajes que parezcan arrancados de las páginas indiscretas de aquellos novelistas.

Nunca se fastidia. De algo ha de servirle su imaginación creadora de escenas color de rosa y episodios de matices purpúreos.

A la adolescente la desalienta la frivolidad sentimental que, a su juicio y en el fondo, es coquetería.

Se aman hasta el delirio. El parque de veredas solitarias y de sombras discretas les proporciona rincones amables para que allí se digan sus anhelos y se hundan en los silencios de perfecta estirpe galeota.

El idilio llega a su fin cuando ella se ve obligada a seguir a su padre, atravesar el océano. Allá, en la tierra de los mayores, encontrar un nuevo amor. A él concederle, si no las primicias, los sabios hechizos de su cuerpo de curvas perversas.

Aquella pasión es ceniza que se deshace, humo que se desvanece. Como todos los amores ha ido pasando de la angustia a la pena. De la pena a la melancolía, que es casi olvido, si no lo es del todo.

Los dos personajes se salen del cuadro: tal es la perfección con la que han sido presentados. Formando parte del inevitable coro de la existencia, don Pindarito. El poeta que cuando habla y eso es a todo momento, desea que en cada palabra suya resucite las inquie- tudes de lejanos tiempos. A su lado, el pico de oro de don Lisardo. A fuerza de prodigarse adjetivos, llegó a personaje y personaje de campanilla.

Recordemos a los amigos de Aracena: Miguel, el que afirma que se ama, no por amor sino por obtener un alivio. Según él, el amor es egoísmo, tanto en las julietas como en los romeos. Gabriel Arcos fue un romántico. Fracasó en sus anhelos. Naturalmente, se convirtió en un cínico. Desprecia cuanto es amor porque nunca supo de sus alegrías. No sabe que la verdadera pasión es optimista. Por lo tanto, cree, sinceramente: en la absoluta perfección del ser adorado. El cínico, si bien simula serio, no es, no puede ser optimista.

Recordemos, aquí, la noble figura del Querido Conde, el de las constantes actitudes tribunicias, el que, en todo momento, siente la invocación irresistible del discurso.

De él, para terminar, no queda una frase de hondo sentido en los labios de Aracena. La vida de la amada es una pregunta que se abre; la del amante, una respuesta que se clausura.